

## LUNA DE LECHE

Ernesto Groppo Rivasplata

Lucas y su gato miraban la gran Luna llena, sentados en el jardín.

—¿Sabías que la Luna es un plato de leche gigante? —preguntó Lucas a su amigo.

—La otra noche me dijiste que era un queso suizo.

—Yo no fui el que dijo eso. Fue uno de los ratones ¿no recuerdas?

El gato lo miró con desconfianza. Estaba acostumbrado a que el niño lo enredara en sus juegos mentales.

—Bueno, te estaba diciendo... la Luna es un plato de leche.

—No te creo.

—¿Por qué no? —Lucas se miraba los pies descalzos.

—¿Para qué sirve un plato de leche allá arriba, tan alto?

—No tiene que servir para algo. Simplemente está y ya —dijo Lucas con indiferencia—Mira el árbol ¿acaso hace algo importante plantado en ese sitio?

—Un plato de leche es diferente. Sirve para que se lo tomen.

Lucas se quedó pensativo un momento.

—Claro que se lo toman. ¿Recuerdas que la otra noche solo había la mitad?

—¿Eso fue porque alguien se lo tomó?

—Claro, tonto. De seguro fue el Gatosaurio.

El gatito no pudo disimular que este último comentario de su amigo lo había impresionado. Trató de mirar hacia otro lado pero sus orejas instintivamente apuntaron hacia Lucas. Se lamió de costado y pegó un maullido vago.

—Los gatosaurios no existen.

—Sí que existen —el niño levantó la voz, ofendido por la incredulidad del gato—. Yo lo he visto.

—¿Cuándo y dónde?

—La otra noche. Tú estabas durmiendo en la cocina.

—No te creo nada. Tú siempre dices que ves cosas justo cuando yo no estoy. Qué casualidad.

—No te he pedido que me creas —Lucas se frotó los pies uno contra el otro con fuerza; empezaba a sentir frío—. Pero es verdad.

—¿Y cómo son?

—Hay de varios tipos, pero generalmente son rayados. Tienen cara de gato, alas de murciélago y garras de puma. Hasta los he escuchado cantar.

—¿Cantan?

—Si, cantan. Canciones folclóricas.

—Eso sí que es mentira. ¿Cómo cuáles?

De repente Lucas estornudó haciendo mucho ruido. El gatito con buenos reflejos dio un salto hacia atrás. El niño estornudó dos veces más.

—Hace frío.

El gato volvió a sentarse en el lugar donde estaba y se lamió la pata.

—¿Sabes? Si lo que dices es cierto, me encantaría poder llegar hasta esa luna de plato de leche.

Lucas recogió las rodillas y las envolvió con sus brazos. Luego las frotó con sus manos. La frialdad de la noche le impedía encontrar una posición cómoda.

—Algún día seré astronauta y llegaré a ella. Te puedo traer un poco de leche si quieres.

—¿De veras que lo harías? —El gato volvió a prestar atención.

—Claro que sí. Eres mi amigo ¿no?

El niño miró al cielo. La Luna estaba empezando a desaparecer detrás de una enorme nube. Sonrió. Se le había ocurrido una idea.

—¿Alguna vez te dije que yo tengo poderes mentales?

El gato ni lo miró. Odiaba que Lucas lo tome por tonto. Se comenzó a lamer la otra pata con indiferencia.

—Créeme, porque es verdad.

—¿Qué tipo de poderes?

—Ya te dije. Poderes mentales.

—Ya lo sé. Digo que qué tipo de poderes mentales; qué cosa puedes hacer con ellos.

Lucas hizo una pausa dramática y se puso serio.

—Puedo hacer que tengas un plato de leche de la Luna para ti solo.

—¿De la Luna?

—Sí, de la mismísima Luna. Pero tienes que cerrar los ojos.

—¿Qué vas a hacer?

—Tú ciérralos nomás. Tengo que concentrarme y no puedo si me quedas mirando.

Lucas cruzó las piernas, juntó las manos y empezó a recitar algo en voz muy baja. Luego se quedó en silencio, en posición de atención. El gato con los ojos cerrados, parecía impaciente.

—¿Ya?

—¡Espérate! me desconcentras.

Pasó un minuto en total silencio, luego otro y otro más. No pasaba nada.

—¿Nada?

Lucas comenzó a inquietarse; no iba a poder contener a su amigo por mucho más tiempo.

—¿Qué pasa?

—Ya casi. Ten paciencia.

Transcurrió otro minuto.

—Voy a abrir los ojos.

—Espera.

Nada todavía. Lucas se desesperó. Justo en el momento en que se disponía a abrir la boca, resonó la aguda voz de su madre desde la cocina.

—¡Lucas. La comida!

El grito sobresaltó a los dos amigos. El gato, en un acto reflejo, miró al cielo. Para su sorpresa no pudo ver nada: la Luna había desaparecido.

—¡Michito! ¡Usted también, a tomar su leche!

El gatito miró a su amigo con los ojos redondos por la sorpresa. Acto seguido, se incorporó y entró apurado a la casa, con la cola parada alegremente.

Lucas se puso de pie, contento con el resultado de su travesura. En su mirada había un pequeño destello de ternura.

—Ese gato siempre será un tonto.

Entró a la casa. Mientras tanto, en el cielo, la gran nube se apartó. La Luna llena volvió a brillar silenciosa.